

Lytton Strachey

# James Boswell

**Clásicos  
de la crítica**

**Crítica  
de los clásicos**

Sería difícil encontrar una refutación tan demoledora a las lecciones de moralidad barata como la vida de James Boswell. Uno de los más extraordinarios éxitos en la historia de la civilización fue realizado por un haragán, vicioso, borrachín y snob. Pero este éxito no fue del repentino y explosivo género que con frecuencia ocurre entre los jóvenes genios —como la inspirada floración de un Rimbaud o un Swinburne; fue esencialmente el producto de largos años de energía acumulada; la suprema expresión de una vida entera. Boswell triunfó a fuerza de abandonarse a sí mismo, a través de cincuenta años, a sus instintos. Su ejemplo, sin duda, no debe seguirse temerariamente. La auto-indulgencia es muy común; los Boswells, en cambio, son raros. El preciso carácter de la rareza que ahora estamos capacitados, por primera vez, a estimar con algo como la perfección. La naturaleza de Boswell y su historia interior no pueden ser totalmente comprendidas si partimos solamente de las obras que publicó. Sólo en sus cartas es posible encontrar revelado al hombre entero. El profesor Tinker, al haber colectado y reunido la correspondencia de Boswell, y al editarla con una exactitud académica, ha prestado un gran servicio a

la literatura inglesa. De hecho, sólo se puede encontrar un error en este admirable libro. El profesor Tinker nos muestra más de Boswell que cualquier editor anterior, pero no nos muestra todo lo que puede. Tal como los editores de las cartas de Walpole y del diario de Pepys, al darse a sí mismo crédito por rehabilitar el texto de su autor, admite con el mismo aliento que lo ha mutilado. ¿Cuándo llegará a su fin esta torpe y bárbara mojigatería?

La carrera de Boswell estuvo completamente dominada por sus características innatas. La fuente de donde éstas provinieron es imposible de adivinar. Era el hombre más extraño y audaz: descendiente de barones escoceses y terratenientes, hijo de un brillante abogado, fue un artista, un derrochador, un bufón, con una enorme pasión por la literatura, y sin ninguna clase de dignidad. Así nació y así permaneció; la vida no le enseñó nada —pues nada tenía que aprender; una maldición marcó su destino, inmutablemente, desde el comienzo. A los veintitrés años descubrió al Dr. Johnson. Un año después le escribía, en Wittenberg, "desde la tumba de Melancthon": "Mi papel descansa sobre la lápida de ese gran y buen hombre... ¡En esta tumba, entonces, mi siempre querido y respetado amigo! Te juro un eterno cariño." El resto de la existencia de Boswell fue la historia del cumplimiento de ese voto. Pero su conexión con el Dr. Johnson fue en sí misma sólo el coronado instante de una abrumadora predisposición, que se mostró a sí misma en una multitud de diversas formas. Hubo también otros grandes hombres, por ejemplo ahí estaban el Sr. Wilkes, y el General Paoli, y Sir David Dalrymple. Uno de los más deleitantes descubrimientos del profesor Tinker es una serie de cartas del joven Boswell a Jean-Jacques Rousseau, en las cuales sus más persistentes cualidades de escritor —su destreza literaria, su perspicacia psicológica, su pasión por las personalidades, y su sorprendente aptitud para la revelación personal— se encuentran exquisitamente desarrolladas. "Dígame —le preguntó al sentimentalista misántropo— ¿no haré bien si me dedico verdaderamente a la música, hasta un cierto punto? Dígame cuál debe ser mi instrumento. Esta tarde yo lo reconozco. ¿Mas no tendré el placer de hacer un progreso continuo, y no seré capaz de aliviar mi vileza con los sonidos de mi lira?" Rousseau estaba completamente deshecho. El viejo Pitt, sin embargo, era de un material más resistente. Cuando Boswell apareció ante él vestido de caudillo Corso, "Lord Chatham", se nos cuenta, "sonrió, pero lo recibió muy graciosa-mente con sus pomposos modales". Y ahí terminaron las presentaciones; a despecho de la modesta sugestión de Boswell, según la cual el Primer Ministro "debería honrarme de vez en cuando con una carta. ... Mantener correspondencia con un Paoli y con un Chatham es suficiente para mantener a un hombre joven y ardiente en la persecución de una fama virtuosa".





James Boswell

Ciertamente, Boswell alcanzó la fama —aunque difícilmente virtuosa—, pero esta ardiente persecución siguió la ruta de un extraordinario zig-zag que nada podía haber tenido en común con las cartas de Lord Chatham. Sus propias cartas a su amigo Temple muestran desnuda la completa e insólita peregrinación, desde el principio hasta el fin. Confesar es el deseo de muchos, pero muy pocos tienen la facultad de hacerlo. Una rara claridad de visión, un candor aún más raro de expresión —sin estas cualidades es inútil que un hombre pretenda descargar su corazón. Boswell poseía esas cualidades en el más alto grado; y, al mismo tiempo, no tenía problemas con otras ciertas cualidades, las cuales, aunque admirablemente se encuentran en otras conexiones, son fatales para este particular propósito. Boswell no tenía orgullo, ni vergüenza ni dignidad. El resultado fue que pasó por alto una multitud de inhibiciones. Sin embargo, jamás fue afectado por ninguna de sus confesiones. El suyo era el método del observador científico, que anota sus observaciones con fría exactitud —lejos de ello; se encontraba íntimamente fascinado con todo lo que tuviera que ver con él mismo— sus pensamientos, sus sentimientos, sus

reacciones; y sin embargo, tenía la capacidad de dar expresión a todos ellos con absoluta ingenuidad, sin el menor asomo de autoconciencia, sin una partícula de reserva. Naturalmente el retrato presentado en tales circunstancias está lleno de absurdos, pues ningún carácter que hubiera suprimido sus absurdos hubiera podido describirse a sí mismo con tanta exactitud. Boswell era un *ex hypothesi* absurdo: y precisamente su absurdidad fue la condición esencial de su consumado arte.

Es en la descripción de sus aventuras amorosas donde verdaderamente apreciamos el paisaje de esa maravillosa capacidad. La sucesión de sus pasiones, con todos sus detalles, sus variaciones y agitaciones, llenan las cartas a Temple (un tranquilo clérigo de las profundidades de Devonshire) con una constante efervescencia de deleite. Uno progresa en la lectura con maravillosa hilaridad desde el caso de la señorita W—t (“sólo una joven dama como ella podría desear para compañía de mi alma”) a Zélida (“por el bien de mi alma, Temple, debo tenerla”), y así con la Signora, y con la infiel Moffat (“¿puedo hacer algo mejor que conservar a la querida infiel para mis horas de felicidad?”) y la princesa (“aquí toda flor está unida”), y la hija del jardinero, y las Sra. D, y la señorita Bosville, y la bella irlandesa (“tan sólo dieciséis años, con la figura de una ninfa griega, con la más dulce continencia, llena de sensibilidad, perfecta, educada en Dublín”), y la Sra. Boswell (“tengo completa conciencia de mi felicidad al haberme desposado con tan excelente mujer”) y la Srita. Silverstone (“en el vuelo conmigo, una amigable criatura que ha estado en Francia. Puedo congregar un pequeño cariño con un perfecto amor conyugal”) y la Srita. Bagnal (“una muchacha coqueta, pero de excelentes principios, tanto, que lee oraciones a los sirvientes de la familia de su padre, todos los domingos por la tarde. ‘Déjeme ver a una mujer como ella’ clamó yo”), y la Srita. Milles (“de una cierta edad, y con una fortuna de diez mil libras”) y —pero el catálogo es interminable. Estas son las páginas que recogen las doradas horas del juego de damas de Boswell. Luz y calor se desprenden de ellas; pero, aún en el mediodía de su felicidad hubo nubes imprevistas. La hipocondría lo fustigó; despertaría en la noche “temiendo asfixia, o siendo arrojado a algún horrible estado del ser”. Su conciencia no lo dejaría solo; fue atacado por desgraciadas enfermedades, se sentía “como un hombre condenado a una ignominiosa ejecución”; temía que sus infidelidades a la Sra. Boswell nunca serían perdonadas. Entonces sus espíritus vitales acudieron a su rescate, y la sombra se desvaneció. ¿Acaso no era amigo de Paoli? Bien que lo era; y estaba sentado en una librería de cuarenta pies de alto, vestido de verde y dorado. El futuro era radiante. “Mi cálida imaginación contempla el futuro con gran complacencia en la sobriedad, la completa salud, y el valor de mi futura vida.” En cuanto





a sus infidelidades, ¿eran tan reprensibles después de todo? "El concubinato es casi universal. Si fuera *moralmente* incorrecto, ¿por qué era permitido entonces a los piadosos hombres del Viejo Testamento? ¿Porqué nuestro Salvador no dijo una palabra en contra suya?

En el transcurso de su vida, sin embargo, las nubes se tornaron más espesas y amenazantes, y el final fue tormenta y oscuridad. El clímax llegó con la muerte de su esposa. Boswell se encontró a los cincuenta años solo en el mundo y con problemas económicos, una familia de pequeños niños por criar, y ningún signo de que las "torres de esperanza" de su juventud se hubieran realizado. Peor aún, por esas fechas se había convertido en un alcohólico confirmado. Sus autorreproches eran lastimeros; sus esfuerzos por enmendarse nunca cesaban; hizo votos de sobriedad: juró solemnemente que dejaría de beber de una vez por todas —que se limitaría a sí mismo a cuatro vasos de vino en la comida y a una pinta después de ésta; pero todo fue en vano. Su estilo de vida se hizo más y más desordenado, humillante y miserable. Si se hubiese retirado a Escocia, y vivido económicamente de su situación,

habría podido reparar su posición; pero eso era lo que no podía hacer; no podía estar fuera de Londres. Sus ambiciones parecían multiplicarse con sus infortunios. Cambió el bar escocés por el inglés, y perdió todas sus entradas profesionales en un momento. Tenía fervientes esperanzas de convertirse en miembro del Parlamento, con sólo adular suficientemente a Lord Lonsdale; y Lord Lonsdale prometió mucho, lo llamó a su castillo, hizo un hazmerreír de él, escondió su peluca, fue gravemente acusado y finalmente arrojado después de "expresarse de la más degradante manera en presencia de un inferior a Carlisle y uno de sus sirvientes domésticos". Los consuelos ahora eran verdaderamente muy pocos. Era algo, no cabe duda, tener oportunidad de ingresar a la Corte. "Yo era el *gran hombre* en el último salón vestido con un saco de azul imperial forrado con seda rosa, y adornado con ricos botones de oro labrado. ¡Qué escena tan abigarrada es la vida!" Y en Eaton, en donde fue "llevado a comer a la mesa de los amigos", era placentero encontrar que a despecho de una educación escocesa uno podía tener aún una figura honorable. "Tenía mis citas clásicas preparadas". Pero estos eran resplandores efímeros. "Tu generosidad hacia mí", le dijo con tristeza a Temple, en abril, 1791, "me hace derramar lágrimas, ay, temo que mi constante melancolía, que retorna en terribles accesos y que ahora se agrava con la pérdida de mi valiosa esposa, deba prevenirme de cualquier felicidad permanente en esta vida. Tengo pequeños momentos de gratificación; pero no comodidad, o al menos muy poca... Descanso mal en la noche, y entonces surgen todas mis quejas —la *enferma mente* que he tenido desde mis primeros años — el fracaso de mis esperanzas de éxito en la vida — la irrevocable separación entre mí y esa excelente mujer que fue mi prima, mi amiga y mi esposa —, el abrumamiento de mis asuntos — la desventaja de mis hijos al tener un padre tan miserable — no, el querer tener una *absoluta certeza* de ser feliz después de muerto, el *seguro prospecto* de todo esto me da pavor. No más de esto".

La tragedia se cernía; pero sólo superficialmente era sordida. Seis semanas más tarde el autor de estas líneas publicaba en dos volúmenes *La vida del Dr. Johnson*. En realidad, el espíritu de Boswell nunca había fallado. Con increíble persistencia, había seguido adelante a través de la enorme trampa que se había puesto a sí mismo treinta años atrás. Todo lo demás se había ido. Se encontraba totalmente consumido, pero su obra estaba ahí. Era la obra de alguien cuyo apetito por la vida era insaciable —tan insaciable que provocó en el final su auto-destrucción. La misma fuerza que produjo *La vida del Dr. Johnson* hundió a su autor en la ruina y la desesperación. Si Boswell hubiera sido capaz de retirarse al campo y economizar nunca habríamos oído de él. Fue el hazmerreír de Lord Lonsdale quien alcanzó la inmortalidad. (1925.)

